

CATALINA HOWARD,

REINA DE INGLATERRA.

¡Desgraciadas mujeres! Si es delito amarlas, son dignas de compasion.

¡No compadecemos al ciego que nunca ha visto la luz del sol, al sordo que nunca ha oido las armonias de la naturaleza, y al mudo que nunca ha podido exhalar la voz de su alma! ¿Por qué, pues, bajo un falso pretexto de pudor, no queremos compadecernos de esa ceguedad del corazon, de esa sordera del alma, de esa mudez de la conciencia que enloquecen a la infeliz afligida y la inhabilitan para ver el bien, oír al Señor y hablar el puro lenguaje del amor y de la fé?

Para la mujer que ignora el bien por falta de educacion, Dios abre casi siempre dos senderos que al bien conducen; estos senderos son el dolor y el amor, y su tránsito es dificilísimo.

Las que le siguen, se ensangrientan los pies y se destrozan las manos; pero al mismo tiempo dejan en los abrojos del camino las galas del vicio, y llegan al término con esa desnudez de que nadie se sonroja delante del Señor.

(DUMAS, hijo).

I.

No léjos de Lóndres, y á la orilla de un lago tranquilo y guarnecido de cañaverales, se elevaba una casita blanca que casi podia llamarse cabaña por la pobreza de su exterior.

Corria el año de 1535 y espiraba la primavera, despidiéndose con una de las más bellas tardes que un poeta pudiera desear para crear un poema risueño y lleno de hermosas y consoladoras imágenes.

Pero si hubiera pasado por la puerta de la casita, situada á orillas del lago, no hubiera fatigado su cerebro en inventar ficciones, pues no era posible hallar nada más lindo y poético que el cuadro que se hubiera ofrecido á su vista.

Ya he dicho que la casita era blanca y risueña; estaba además entoldada por una frondosa parra que, extendiéndose sobre un enrejado de madera verde, ofrecía una bóveda fresca y natural.

A la puerta, y sentada en un taburete, había una niña que parecía contar apénas los doce años de su edad.

Nada más bonito, más risueño, más delicado que aquella criatura.

Era de estatura pequeña para su edad, y su talla no prometía para lo sucesivo mayor desarrollo, atendida la redondez graciosa de sus formas.

Su pecho, blanco como el mármol, descubría su hechicera forma á través de la trasparente muselina de su traje. Dos bandas de cabellos castaños se dividían sobre su frente; sus ojos eran negros, grandes y de tierno y dulce mirar; su boca rosada, de finos lábios y menudos dientes; su nariz proporcionada y un poco levantada; su cabeza, pequeña é inteligente, estaba llena de vivacidad y alegría.

Por debajo de su traje salían dos piés enanos y pulidos, calzados con zapatos de seda, azules y adornados de lazos y de altos tacones de color de rosa.

La niña deshojaba una flor, y de vez en cuando miraba con impaciencia al camino que conducía á Londres.

—¡Catalina! dijo desde el interior de la casa una voz cascada.

—Aquí estoy, madrina; respondió la jóven.

—¿No ves venir á Patrik?

—No le veo aún.

En aquel momento empezó á mirar al camino.

Su rostro se cubrió con un ligero carmin, y dijo:

—¡Ya viene!

En efecto, en un recodo del camino se divisaba á uno de esos hombres, mitad campesinos, mitad soldados, que en aquellos tiempos componían el pueblo inglés y que los pintores nos han trasmitido en sus lienzos.

Hombres del campo que volaban á la guerra cuando el soberano les llamaba, ó cuando alguno de los poderosos magnates del reino quería rebelarse con intestinas discordias.

Patrik parecía contar de treinta y seis á cuarenta años.

Su fisonomía, dura y morena, era enérgica y vigorosamente acentuada; sus ojos grandes y pardos, brillaban como el acero; llevaba el cabello largo y sin peinar, y una casaca de piel curtida, bajo un colete de ante, de anchas mangas.

Al ver á Catalina, la alegría brilló en sus miradas.

En cuanto á la jóven, se contentó con decirle:

—Buenas tardes, Patrik.

Luego volvió á mirar hácia la parte del camino que llevaba á la ciudad.

—¡Siempre esperando! murmuró con amargura el campesino, cruzándose de brazos delante de la niña, y sin echar de ver, en medio de su abstraccion, que una anciana habia salido de la cabaña.

Catalina bajó los ojos y se puso colorada como la rosa que estaba deshojando.

—En verdad, hijo mio, dijo la anciana tomando asiento en un escaño de madera que colocó junto á la puerta; en verdad que yo no sé cuales son tus esperanzas, y mi alma se quebranta de verte sufrir de ese modo.

—Yo tampoco sé lo que espero, madre mía, repuso Patrik sombríamente; Catalina es ambiciosa, y...

—¡Y tú, hijo mio, puedes ser su padre! No olvides esto, Patrik; tu mujer, que Dios tenga en su gloria, fué su nodriza y tú la has adormido cien veces en tus brazos y le has dado calor con tus besos en las heladas noches del invierno.

—¡Otro tanto quisiera hacer ahora, madre mía!

—Ahora tu amor no es aquel afecto paternal á la niña huérfana y desvalida; ha degenerado en un amor culpable... ¡y tiemblo, porque te conozco, hijo mio! Conozco cuán impetuosas son tus pasiones y sé

que no hay ninguna mujer que te agrade, que no te pertenezca.

Patrik no respondió, porque clavaba en Catalina una mirada obstinada y ardiente.

La desdichada niña, ante quien se tenia semejante conversacion, permanecia indiferente y tranquila, del mismo modo que si en ella no se tratase de su hoara.

Miraba á Patrik, y se reia.

Miraba á la anciana, y se ponía séria.

Miraba al camino, y su rostro se iluminaba con el vivo sonrosado de la impaciencia.

La anciana Eric prosiguió de esta suerte, dirigiéndose á su hijo.

—¿Qué esperas de ese amor, Patrik? Catalina es una niña, y aunque hija bastarda y desconocida por su madre, su padre, sir Edmundo Howard, cuida de ella; si bien bajo el velo del misterio, es nieta del poderoso duque de Norffolk, y la procurarán un enlace ventajoso.

—¡Por eso no he pensado jamás en casarme con ella, repuso Patrik; la amo demasiado para arrebatarle su porvenir; pero la amo, es mia y sólo la dejaré para otro, cuando me sea forzoso cederla! ¿No he compartido yo con mi mujer los cuidados que su infancia exigia? ¿No he velado por ella con el esmero de un padre? ¿Tengo yo la culpa de que mi afecto hácia ella, haya cambiado de carácter? ¿Por qué, madre mia,

no me habeis ocultado con un velo impenetrable todas las perfecciones que han ido desarrollándose en esa criatura? Ella, con su cándido abandono, ha encendido mi amor, y cuando pienso que puede pertenecer á otro, la sangre arde en mis venas.

La anciana Eric no respondió una palabra y casi pudiera asegurarse que dió la razon á su hijo en cuanto decia.

En efecto; hacia dos años, es decir, desde la muerte de Jenny, que aquel hombre, de pasiones fuertes, cuidaba de Catalina y la vestia y la desnudaba ni más ni ménos que lo habia hecho su mujer.

La tarde iba desapareciendo.

La luna salió de entre los árboles, y el silencio de la noche cayó como un manto sobre la dilatada campiña.

Eric entró en la casita.

Catalina, imposibilitada de mirar hácia el camino, que ya no se distinguía, se acercó á Patrik, que se habia sentado sombrío y silencioso en el escaño ocupado poco ántes por su madre, y se sentó á su vez en las rodillas del esposo de Jenny.

Luego apoyó en el hombro del labrador su linda cabeza y le dijo, fijando en su atezado rostro la dulce mirada de sus ojos negros y rasgados.

—Deja que me duerma aquí, porque tengo sueño.

Patrik se estremeció.

Un instante despues pasaba con Catalina en los

brazos por delante de Eric, que dormitaba en el interior de la casa.

Cuando la anciana despertó, era ya muy tarde.

Salió á la puerta y no vió ni á su hijo ni á Catalina.

—¡Era su suerte! murmuró: ¡pobre niña! ¡Por qué nacerán los hijos á quienes sus padres han de abandonar!

II.

Un año había pasado.

Patrik había muerto en la caza de un oso á que había ido con otros compañeros.

Su última mirada fué para Catalina que había vivido con él por espacio de ocho meses en una union enteramente conyugal.

El labrador sintió dejar la vida sólo por aquella criatura.

A pesar de su rudeza, su corazon le decia que ese amor había sido el prólogo de su perdicion.

En sus amores con Catalina no había habido violencia alguna.

La pobre niña, que á los doce años había perdido su aureola de pureza, creía que lo que le pasaba era lo más natural.

Catalina, á los trece años, podia considerarse como viuda; y sin embargo, su alma conservaba la immaculada pureza de los ángeles.

Era otra tarde tan apacible como aquella en que la conocimos, pero más calurosa.

Catalina miraba también hácia el camino.

¿Qué esperaba?

Ni ella misma lo hubiera podido decir.

Esperaba algo, sin embargo, que su corazón le decía debía llegar de Londres.

Eric, que había envejecido más que por el trascurso del tiempo, por la muerte de su hijo, dormitaba á la puerta, como un año ántes, cuando su funesto sueño conspiró contra la infeliz Catalina.

Esta se hallaba sola y triste.

Apénas veía á nadie, pues Patrik había ocultado á todos los ojos su loco amor por la jóven, y la había aislado más de lo que aún lo estaba.

La pobre criatura echaba de ménos aquella tarde al tosco amante que la muerte le había arrebatado.

Patrik, único hombre á quien ella había conocido, pasaba largas horas acariciándola, contemplándola con esa adoración profunda que se tributa á un objeto que no nos pertenece y que, no obstante, se nos entrega por su propia voluntad.

Aquella pasión extraña era sumisa y agradecida.

Por nada del mundo se hubiera casado él con Catalina, á pesar de que estaba en su mano hacerlo y de que nadie se la hubiera disputado; pero creía que eso era profanarla y que él no era digno de aquella dicha celestial.

Bastábale con que fuera suya dentro del reducido recinto de su casa, y no pedía á la suerte nada más.

Catalina echaba de ménos á Patrik.

Desde que él faltaba de su lado, nadie la dormía con un beso, ni la despertaba con una caricia; nadie le llevaba flores, frutas y nidos; nadie le daba los manjares que más apetecía; nadie la amaba, en fin.

Aquella tarde no deshojaba flores; miraba tristemente al camino, y de vez en cuando una lágrima furtiva se deslizaba por sus mejillas.

Estaba, si cabe, más bonita que cuando la conocimos; había crecido y á las rosas de la inocencia había reemplazado una suave palidez.

Ya empezaba la niña á hacerse mujer, y á desear algo de lo que el amor y los cuidados de Patrik le habían hecho entrever.

Ansiaba, sobre todo, cariño y afecciones, que era de lo que carecía en su soledad.

El ruido de un caballo la sacó de su distracción; se oía por el camino de Londres y así que se apercibió de él, Catalina volvió los ojos; enjugó sus lágrimas y vió á un gallardo jinete que se dirigía hácia ella.

—Señorita, dijo el que llegaba: ¿vive aquí una anciana llamada Eric?

—Sí, señor; respondió Catalina; aquí está.

Y acercándose á la madre de Patrik, le sacudió el brazo diciendo:

—¡Eh! ¡nodriza! ¡nodriza! aquí os busca un caballero.

Eric se levantó restregándose los ojos.

El jinete echó pié á tierra, ató el caballo á un árbol y entró en la casita.

Catalina volvió á mirarle entónces y su lindosemblante expresó el asombro más vivo.

El recién llegado era un jóven que contaria apenas veinte años.

Tenia la figura más agraciada que se puede imaginar en un hombre que no es afeminado y que viste con todos los refinamientos del lujo.

Era de talla elevada y flexible, de ojos azules y cabellos negros, que se rizaban con gracia sobre su frente.

Vestia una rica casaca de seda, galoneada de oro y de color morado, que era el de la casa del duque de Norfolk; soberbios encajes formaban su walona, y en su toca, de terciopelo violado, se mecía una larga pluma blanca, sujeta con un cintillo de brillantes y perlas.

Sobre su lábio superior, rosado y de encantador dibujo, brotaba un fino bigote negro y rizado.

El, por su parte, contemplaba á Catalina con tanta sorpresa como admiracion; su mirada era tan brillante y atrevida que hizo bajar los ojos á la jóven.

Pero esta impresion de pudor debia ser muy pasajera en una criatura degradada tan precozmente como aquella niña.

Cuando volvió á levantar los ojos, halló aún fijos

en su rostro los del recién llegado, y entónces ya no los volvió á inclinar, sino que sostuvo su audaz mirada sonriendo con una especie de maligna complacencia.

—Buena mujer, dijo al fin el jóven, separando con trabajo sus ojos de los de Catalina, ¿os llamais Eric?

—Sí, señor, respondió la anciana.

—¿Esta jóven es Miss Catalina Howard?

—Sí, señor.

—Pues vengo á buscarla.

—¿De parte de quién?

—De parte de la duquesa de Norfolk, su abuela; soy Edward Madox, su gentil hombre.

—¿Me traeis una sortija dividida por la mitad?

—Vedla aquí.

Y sir Edward sacó de una bolsita de seda la mitad de una sortija de oro, lisa.

Eric sacó otra mitad igual; la unió á la que le presentó el jóven y vió que se ajustaba á ella perfectamente; luego guardó los dos pedazos y dijo:

—Podeis llevaros á Miss Howard.

Sir Edward tomó bajo el suyo el brazo de la jóven, y se dirigió al sitio donde habia dejado su caballo.

Pero ésta se desasió de aquella dulce presion, y se acercó á la anciana.

—Hasta la vista, madre mia, dijo; yo volveré á verte.

Luego siguió al enviado de la duquesa de Norfolk, quien montó y la colocó delante, rodeando cariñosamente el esbelto y delicado talle de la joven con su brazo.

Reinaban el silencio y la oscuridad; sólo se oía suspirar á la brisa en aquella hermosa noche de estío, y el murmullo de las dulces palabras que el caballero Madox dirigia al oído de Catalina.

—Me extrañan y me admiran vuestras frases, señor, dijo la joven con mal segura voz; ¡jamás he oído otras iguales, ni aún parecidas!

—¿Es eso cierto? preguntó Madox. ¿Jamás habeis amado?

—Sí, amaba á Patrik, quien á su vez me amaba mucho.

—¿Y quién era Patrik? preguntó el caballero, cuyas cejas se fruncieron.

—El hijo de Eric.

—¿Y qué os decia?

—Hablaba poco, y nada de lo que decia era tan dulce como lo que vos me decís.

—¡Será posible!

—Es la verdad.

Hubo una pausa.

Entre los dos jóvenes apenas se reunian treinta y tres años, y Madox temblaba porque aún no habia amado, y lo que era más extraño, aún no habia dicho á ninguna mujer palabras de amor.

De repente sintió que la cabeza de Catalina pesaba sobre su hombro; inclinóse y la vió dormida.

Entonces besó sus cabellos y sus ojos.

La joven entreabrió los párpados, se sonrió y los volvió á cerrar.

Ya la aurora llamaba á las puertas del Oriente cuando los dos jóvenes llegaban al palacio de Norfolk, al que hubieran debido llegar á las diez de la noche, porque sólo distaba dos leguas de la cabaña de la vieja Eric.

Aquellas dulces horas de amor no se borraron de la memoria de Catalina, ni aún en medio del esplendor del trono á que poco despues se vió elevada.

Cuando la luz del nuevo día iluminó su frente, habia en ella una tristeza profunda.

Catalina recordaba con horror la pasion de Patrik, y vió lo que aquel le habia arrebatado.

El amor iluminó su alma con una luz terrible, haciéndola comprender toda la extension de su desgracia.

—Catalina, le dijo Madox en voz baja al entregarla á las doncellas de la duquesa: ¡te amo! ¿Me amarás tú?

—¡Sí! respondió ella presentándole la mano con ternura.

—Entonces, ¡adios! Y sea cualquiera la suerte que te destinen, ninguna podrá separarte de mí.

Dichas estas palabras desapareció sir Edward, y Catalina le siguió con una mirada pensativa y profunda.